

LOS SUEÑOS: EL HORROR DE LA PESADILLA CONSCIENTE



LAURA LUCÍA HURTADO TRUJILLO

**Trabajo de grado para optar al título de
Maestra en Artes Plásticas**

Director:

Jim Luís Fannkugen Salas

**Universidad del Cauca
Facultad de Artes
Programa Artes Plásticas
Popayán, Julio 2021**

*En memoria de Angie Echeverry y Walther Gualteros.
Por haber sido quienes fueron y por permanecer en los instantes.
No morirán.*

Nota de aceptación:

Aprobado por el Comité de Grado en Cumplimiento de los requisitos exigidos por la Universidad Del Cauca para optar por el título de Maestro(a) En Artes Plásticas.

Jurado

Jurado

Jurado

Agradecimientos

A Dios, por permitirme el placer de la existencia.

A Edgar A. Poe, por adoptarme entre sus letras, por ser amigo y por conformar mi historia.

A mamá, por dirigir el barco y enseñarme a navegar.

A Papá, por abrirme el camino y darme alas.

A Pipe, por compartir conmigo la intensidad de los instantes, la infancia y la vida. Te amo, como a nadie.

A Andrés, por el amor sincero, por la música y por ser hoguera aún en el frío.

A Apolo, por amarme y abrazarme el alma.

A Lela Miriam, por regalarme el Arte y regalarme las letras. Por su amor y su mirada eterna.

A mi tía-mamá, por su amor desbordado, su apoyo constante y su calidez.

A tío Cristóbal, por su presencia y su compañía constante. Por haberme dicho que lo iba a lograr. Lo estoy logrando. Serás siempre recordado.

A mi familia, por su apoyo incondicional y sus abrazos cálidos. Son ustedes el motivo y el viaje.

A Víctor Paz Otero, Por su amistad sincera, sus abrazos, sus pinturas, sus poemas, sus libros y sus historias increíbles.

A mis amigos, especialmente a Ángel, Andrés C, Diego V, Majo, Nando y Alex H. Por permanecer, trascender y permitirme un lugar en su vida. Son también mi familia.

A mis Maestros, especialmente a Jim Fannkugen, Guillermo Marín, Heiner Calero y Carlos Quintero, por sus críticas, por su paciencia y por su calidez humana. Por enseñarme sobre el Arte y la vida. Qué fortuna encontrarnos.

A los compañeros que han muerto en la lucha. Vivirán siempre.

A Kandinsky, por susurrarme que estudiara Artes.

A la Escritura, la Fotografía y el Teatro. Por ayudarme a encontrar mi lugar en el mundo.

A la música y la literatura, por salvarme de mí misma.

A los libros, por alimentarme y mantenerme despierta.

A los y las Artistas que han marcado la historia, por permitirme contar la mía.

Al horror y la angustia, por ayudarme a comprender mis restos y mi condición humana.

A los sueños, especialmente a las pesadillas, por regalarme el material para desarrollar mi investigación noche tras noche.

A mi Diario, por guardarme.

A mis compañeros de carrera, por la valentía de transitar juntos el camino. Cuánta admiración.

A los objetos que me han encontrado, por haberme perdido.

A mis amigos imaginarios, por hacerme más humana y por jamás abandonarme.

A quienes ya no están, por haber estado. Jamás serán olvidados.

A mi yo de 4 años, por seguir su intuición y no abandonarse nunca.

A todo lo que me conforma, por no soltarme.

A mis otras yo, por haber sido.

A la Universidad del Cauca, por ser refugio.

A la Facultad de Artes, por ser hogar.

A Popayán, por cuidarme en los mejores años de mi vida.

A los lugares por los que he transitado, Volveré.

A Doña Patricia, por imprimir las fotografías y salvarme en las horas más oscuras.

A Don Lincoln y Josué, por prestarme su casa, sus objetos y su tiempo.

A la casa de Santa Inés, por haberse revelado ante mí y haberme arrojado con su cálido deterioro. La sentí en el alma.

A los amores fugaces, por las miradas.

A La mujeres de mi vida, Alejandra Pizarnik, Piedad Bonnet, Emily Dickinson, Gerda Taro y Diane Arbus, por haber escrito, por haber fotografiado y por haber amado. Me encuentro en ustedes.

A la Psicóloga que me dijo las palabras que necesitaba. Gracias.

A todos y todo con quienes me he visto a los ojos, por haber hecho parte de mi paso por el mundo. Gracias.

A mi Imaginación, por ser compañía continua y alimentar mis fantasías.

A la filosofía, por guiñarme un ojo.

Al bosque, por acogerme entre su inmensidad.

A la muerte, por la vida.

A mí, por vivir con sed.

Contenido

Agradecimientos.....	5
Obsesión caníbal con desmembramiento en 2x3	10
Presentación	12
Conceptos: Lo onírico, el inconsciente, la realidad, la cotidianidad y el horror	12
Capitulo I	17
Intimidad: La infancia y el miedo.....	17
Papá.....	19
E. A. Poe	21
Capitulo II	23
Los sueños: El horror de la pesadilla consciente	23
Capítulo III	30
La Fotografía como vínculo narrativo e histórico	30
Referentes.....	35
Capitulo IV.....	40
Fragmentos: restos de memoria	40
El alma de los objetos	42
La revelación de la imagen.....	45
Memorias	47
El acontecimiento	49
Infancia.....	51
Anexos	57
Mapa de montaje.....	57
Estudios	62
Registro Fotográfico / Sustentación	69
Bibliografía	74

Obsesión caníbal con desmembramiento en 2x3

Lo maté porque lo amaba y es que aunque les parezca un desatino, amar también significa cruzar los límites de la cordura. Yo crucé los míos tantas veces como fue posible y me escurrí entre la carne viva de un hombre agonizante. Estoy orgullosa de mi hazaña, no hubiese sido posible sin su ayuda. Tanta piedad en sus pupilas. Tanta condescendencia ante mis actos.

No fue cruel el proceso, disfruté cada parte y él me hacía saber que también le gustaba. Le tomé un par de fotos con mi cámara análoga y deseaba ya revelarlas. He repetido tantas veces que la libertad también es morir queriendo hacerlo, que ya me lo creo por completo.

Lo maté porque no tenía una razón para no hacerlo. El amor me llevó ahí como la corriente y quise bañarme dos veces en el mismo río. Repetí tantas veces cada corte con la precisión exacta que me obligaba a guardar el trozo de carne en una bolsa y llevarlo directo al congelador.

No había un reguero de sangre, no piensen que estaba todo hecho una escena de horror; al contrario, la limpieza del mesón brillante y el olor a lavanda del ambientador hacían el momento agradable. Había decidido no poner música, ninguna melodía podía acompañar la experiencia; los gritos eran la motivación para continuar y así fue. Un corte tras otro, un grito tras otro, la puerta del refrigerador cerrándose una y otra vez...

Los brazos y las piernas, los ojos y los pulmones perfectamente empacados al vacío. Los ojos me importaban más que cualquier parte, mi colección estaba completa.

Me deshice como pude de los trozos que no iba a necesitar pero que aún estaban calientes.

Los envolví cuidadosamente en bolsas negras y los tiré a los contenedores de basura que

estaban afuera de la casa. Limpié solo una gota de líquido rojo que había manchado el tapete y me quedé con la última mirada de amor en mi memoria.

Ya eran las 10:00 de la noche, justo a tiempo para la cena.

Hay partes que me gustan crudas, otras medio asadas, depende de la dureza del corte. La carne y el vino acompañaban bien. Esta vez no quise encender el fuego. Solo disfruté de la noche con tal intensidad que mis papilas gustativas dejaban caer saliva al piso y no reparaba en ello.



Esa noche entendí que la cordura no tiene límites. Esa noche me comí el amor.

Laura Hurtado, 2020

Fotografía, Serie Instinto

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168 cm x 224 cm

Año 2019

“...No era capaz de moverme pues el terror había amarrado mi voluntad. Vi cómo el gusano de la tumba se retorció entre los mechones enredados que cubrían parte de aquel cráneo putrefacto. Los huesos crujían al moverse en las articulaciones, pues la carne había desaparecido. Oí su horrenda música, que acompañaba aquella parodia de la miserable mortalidad. Él se acercó a mí y, al pasar a mi lado, me echó en plena cara el aliento de la fría humedad de aquella estrecha y solitaria casa. Se cerró la sima de los ciclos y, con un convulso estremecimiento, me desperté”. (Poe,1831: 31).

Presentación

Conceptos: Lo onírico, el inconsciente, la realidad, la cotidianidad y el horror

Estas palabras cargadas de un sinfín de interpretaciones han construido el terreno por el cual he transitado desde que mi yo-niña empezaba a manifestarse como ser pensante en la sociedad. Ahora que las observo juntas puedo entenderlas como un tejido que está directamente relacionado. Forman parte de un todo indivisible que ha logrado permear hasta la última capa de lo que me conforma como individuo. Es así, como estos conceptos han causado imágenes en mi memoria que han tomado un lugar para quedarse y habitarme.

No pretendo nombrar a los grandes Maestros del Psicoanálisis ni a los tantos que han dado por sentado una forma de interpretar la vida más allá de la conciencia. No es el caso parafrasear a quienes teorizaron los sueños y les dieron nombres y significados diversos que hoy por hoy se estudian en libros de tantas bibliotecas.

Es mi interés primordial, lejos de explicar lo que para la RAE significa cada palabra, acercarme y tocar desde mis experiencias y vivencias diarias, lo que han causado éstos conceptos y el peso enorme de su connotación.

Podría decir que no he sido yo todo este tiempo, que nunca lo he sido. Contrariando a *Heráclito*, me he bañado tantas veces en el mismo río como ha sido posible y no he regresado a la orilla siendo la misma. Lo menciono, porque las palabras cambian y mutan y se instalan para permitir una alteración que muchas veces se escapa a la conciencia. Podría irme por las ramas, sin embargo, me quedo con mi verdad y me permito hablar desde ella y contar la historia que hoy me conforma.

Navegar por el océano de lo onírico es entender que mi realidad consciente está arropada por un halo de inconsciencia. Que más allá del acto de ir a dormir, es encontrar que estoy viviendo un paralelo en donde soy múltiple. Una realidad en donde puedo pensar, actuar, sentir de una forma racional. Es la conciencia dentro de la inconciencia, suscitando espacios en donde convergen y se vuelven una. He decidido tomar ese signo de realidad onírica, como la única realidad a la cual pertenezco, en la que me encuentro y me reconozco completamente. Me llama profundamente la atención habitar me desde esos espacios que parecen metáforas de la cotidianidad. Una en donde puedo saborear una manzana y sentir su jugo atravesar mi esófago. En donde siento el cansancio de haber corrido de una ciudad a otra en un minuto y en donde puedo visitar la cárcel en donde se encuentra el asesino serial más peligroso de la historia, mirarlo a los ojos y contarle también la mía.

A veces, esa realidad inconsciente en donde parece que estamos en un mundo lejano, nos revela a su paso, todo lo que conscientemente se nos escapa al pensamiento y a la acción. La realidad de los sueños se vuelve un mundo de posibilidades infinitas cargadas de memoria y es ahí en donde encuentro que la realidad también está compuesta de múltiples verdades que trascienden el mundo tangible. En este momento se me cruza por la memoria

el Poeta *Watanabe* con su afirmación “La vida es física”. Ahora y después de tantos años viviendo entre los sueños, estoy segura de que la vida es onírica.

Ausentarme de la materialidad y encontrarme con mis muchas *yo* en ese campo onírico me ha permitido agudizar mis sentidos y empezar a percibir distinto todo lo que me rodea. No podría solo hablar de una realidad física, cuando es precisamente esa realidad de los sueños la que me ha dado las herramientas para construirme y encontrar mi lugar en el mundo. Así como me ha permitido a través de la fotografía, retratar con alto grado de fidelidad lo que se esconde tras las sombras y se escapa al tacto.

Todo esto tiene el peso enorme de las imágenes haciendo eco. Esas imágenes que aparecen, desaparecen, son borrosas y fuertes, que se quedan viviendo en el tiempo y me permiten capturar lo que luego se verá reflejado en un papel y en mi día a día como vivencia intransferible.

Después de cuestionarme sobre las palabras y lo que llevan consigo auestas, aparece de frente un concepto que sin duda, me ha perseguido desde que tengo capacidad para preguntarme sobre lo que me rodea. El horror.

He de decir, que no imagino ahora la vida sin esa oscuridad que sale a relucir en las noches, cuando todo está callado y las luces se apagan. Esa oscuridad que adora la quietud y se manifiesta dentro de mi mente como sonidos desconocidos e imágenes a blanco y negro. El horror se ha incorporado en mi esencia y nos hemos vuelto amigos. El horror de seguir viva en una realidad que siento ajena, es lo que me ha llevado ahora a escribir éstas líneas. Esa realidad de los vivos que no viven, es lo que me ha empujado hacia el abismo de los sueños, hacia la infinitud de las pesadillas. Es ahí donde las sombras me hablan y los objetos cobran vida. Es ahí donde me reúno con los maniqués a hacer rituales para adorar a la luna y al fuego. En ellos me encuentro cuando estoy perdida. Los bosques me han dado

el descanso del espíritu y no he necesitado nada más para seguir en pie. Todo esto es lo que me mueve a tomar mi cámara e ir hacia esos recuerdos cuando quiero traer a la tierra, lo que está en los sueños.

El horror ha sido guía y lejos de ser negativo, ha estimulado mi imaginación a tal punto de que mi cotidianidad se ha visto transgredida por esas escenas en las que me veo reflejada y de las que ya no podré escapar.

Cada foto es un pedazo de mi vida onírica, me construye desde la multiplicidad de espacios y seres que al final del día no son más que versiones mías, que aunque distorsionadas, están cargadas de propósitos que no descansarán hasta verse cumplidos.

La fotografía me ha permitido la eternidad y es por eso que la uso como puente entre el suelo que piso y lo que sueño. Cada fragmento es un siglo que paso sumergida dentro de mí misma buscando todo eso que no sabía que se me había perdido.

No tendría más motivos que escarbar entre mi miseria hasta encontrarme, buscarme desde el horror, la angustia, el sufrimiento y el miedo. Solo desde ahí podría tener noticias de mí misma y del significado de estar viviendo justo ahora para contarlo. Solo de esa forma me es permitido vivir cuantas realidades sean posibles mientras pueda seguir navegando entre todas las que soy sin perderme de vista. Agradezco enormemente poder sentir el horror.



Fotografía, Serie Infancia

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168cm x 224 cm

Año 2019

Capítulo I

Intimidad: La infancia y el miedo

“El miedo es una de las emociones más antiguas y poderosas de la humanidad, y el miedo más antiguo y poderoso es el temor a lo desconocido” (Lovecraft, 1927: 5).

¿Qué queda cuando ya no queda nada?

El miedo a dormir, a ver imágenes distorsionadas en las cortinas, a mi sombra, a la sombra de mi sombra, a las ventanas, a apagar la luz, a no poder ver.

Queda la sensación de no haber podido disfrutar suficiente la luz del día y como castigo tener que sacrificar la noche entre rituales de imágenes en papel, comprender lo que se hallaba detrás de las sombras y que solo yo era capaz de percibir.

Mi memoria y parte de lo que llamo *alma*, se conecta hoy con la *yo* niña curiosa que no dormía para no morir de terror. Esa niña de vestido amarillo que esperaba a que fueran las 7:00am para dejarse vencer por el cansancio que da el estar imaginando mil maneras de escapar de la angustia y la desesperación.

Desde mis 3 años he estado con los ojos abiertos al mundo de forma racional, recibiendo información de una supuesta *realidad* que parecía condensarse en las horas de la noche, en donde la quietud se hacía presente con el sonido estridente del silencio. Desde mis 3 años el miedo me acompaña y el horror me abraza. La efervescencia turbia de esos momentos me dejaba sin aliento y con enormes ojeras. No era capaz de soportar la oscuridad, en

ocasiones los monstruos que estaban debajo de la cama se posaban dentro de mi almohada para despojarme de lo que era y así tomar lo poco o nada que me habitaba. Tuve días felices, sin embargo, tuve las noches más largas.

Siempre existió en mi pequeño ser, una atracción por todo aquello que parecía prohibido, eso que no podía verse con ojos físicos, un algo que, más allá de lo tangible, se presentaba desde diversas sensaciones y con extensos fines. Le tenía miedo al miedo, sin embargo, en una medida casi equilibrada, cierto aprecio aparecía rondando los bordes. Empecé a adoptar horarios no aptos para una niña, dormí muy poco, casi nada. Por suerte, los libros llenos de imágenes me acompañaron en mi travesía por lo desconocido. Empecé a hacerme pequeñas preguntas que acompañaban los tramos estrechos por los que solía transitar en esa habitación cuadrada. Las imágenes de una realidad que ignoraba por completo hasta entonces, empezaban a pasar por las paredes como proyecciones hechas específicamente para mí. El mundo de las ideas se me revelaba con la grandeza y el absurdo. La claraboya incrustada en el techo me avisaba sobre un nuevo día y las posibilidades que traía con él. Todo estaba sucediendo ahí.

Una noche cualquiera, decidí abrirme espacio entre las tinieblas de mi imaginación y un tumulto de posibilidades surgió a su paso. Empecé a soñar. Sin ser completamente consciente, toda la oscuridad que se manifestaba en mi realidad física se traspasó con fuerza a la realidad onírica y fue ahí cuando realmente abrí los ojos y encontré mi verdad. Me encontré de frente conmigo misma.

La niña que me habita quedó atrapada en una estela de tiempo y tiene miedo porque puede soñar.

Papá

Mientras iba creciendo, el mundo onírico me abría paso entre la multitud de sensaciones e imágenes como escrutando cada mínimo pensamiento que me habitaba. Como instalándose en lo más profundo de mi psique hasta hacerme dudar incluso de mi humanidad.

El lado amable de los sueños me tomaba de la mano y me contagiaba del anhelo que surge al imaginar lo desconocido. El lado oscuro, oscilaba entre mi mente y mi cuerpo para llevarme hacia una fisicalidad angustiante y a veces, dolorosa.

Ese mundo per se ya había permeado todas mis capas, había hecho un profundo agujero de gusano en mi ser que arrastraba sin piedad a las muchas otras yo.

Entre todo lo que era y lo que no, entre la eternidad de los instantes que acogían mi cuerpo de niña y mi fuego interior, la figura de mi Papá transmutó todo cuanto pensaba y sentía en torno a ese espacio onírico misterioso, otorgando cualidades cálidas a lo siniestro. Su presencia me rescató del abismo, me abrió la puerta y suscitó nuevas formas de pensar y pensarme.

Empezó entonces, la noche a aparecer con su fantasma. Fue así como con papá recorrimos las historias más aterradoras que se escondían en las páginas de algunos libros. Las letras me mostraban todo lo que se me quedaba atorado en la garganta. Un nido de páginas se nos adhirió al pecho para que cada noche el eco de todo lo que no se nombra, nos buscara para darle voz.

Siempre sentía que reconstruíamos juntos la memoria de las cosas perdidas y olvidadas en el tiempo y de esa forma reconstruíamos también la nuestra. En ese acompañamiento

mutuo descifrábamos la belleza que envolvía el horror de la vida, todo lo que se pierde cuando no se recuerda y el tejido de historias que se hicieron nuestras.

Mi papá me abrió el camino y me enseñó a acoger el miedo y el horror como una parte importante de mí, a no negarlo, a aceptar su compañía aunque a veces pareciera insoportable. Me leyó todas las noches sobre la oscuridad que habita en los hombres, sobre el terror que da la soledad. Me enseñó a encontrarme desde mi miseria y así poder validar y comprender mi condición humana junto con la complejidad de pertenecer a una sociedad que no acepta la diferencia ni las sombras.

Los encuentros con papá tenían sobre la mesa la literatura de terror, la poesía, los relatos de hombres y mujeres que como yo, se sabían dentro de la oscuridad. Así, después de horas de lecturas interminables, mi cuerpo empezaba a volar por los senderos oníricos que como todas las noches, esperaban ansiosos mi llegada. Con naturalidad hice mías todas y cada una de las pesadillas que tenía. Los sueños se volvieron parte irrefutable de mi existencia, manifestación surrealista de mi multiplicidad, oráculo que me alejó de la imposición de una realidad en la que no podía ser. Mi papá me regaló las letras más profundas, la poesía melancólica, las pesadillas, los autores que a su vez se convirtieron en el refugio en el cual me quedé a vivir.

“... habían lazos estrechos e irrompibles. Mi padre me abrazaba y el resto del mundo podía desboronarse. Estábamos unidos para siempre por un vínculo sagrado y eterno. La memoria”.

Laura Hurtado, Cartas a Papá

E. A. Poe

“Poe observó lúcidamente que todas las fases de la vida y el pensamiento eran un tema válido para el artista, y al estar su espíritu inclinado hacia lo extraño y tenebroso, decidió ser el intérprete de esos poderosos sentimientos que acarrearán más dolor que placer, más ruina que prosperidad, más terror que sosiego, y que son fundamentalmente adversos o indiferentes al sentir común de la humanidad, lo mismo que a la salud, cordura o bienestar general de la especie”. (Lovecraft, 1927, p 41-42).

La vida y obra de Poe, ha atravesado mi existencia desde una edad muy temprana. Encontrar sus relatos en la biblioteca de mi papá significó un encuentro cercano con el misterio y la miseria. Leer su vida me transportó a una dimensión parecida a la de los sueños, sentí que me uní a sus desgracias e hice parte de cada una de las tantas muertes que presencié. Me veía en los funerales vestida de negro agarrada de su brazo. Lo sentía parte de mí, como un papá.

Cuando leí sus cuentos, sus relatos, sus poemas, sus ensayos, sus novelas y demás textos, sentí que alguien había escrito para mí, que había encontrado algo inmenso que no sabía que se me había perdido, que lo que leía tenía mucho que ver con mi realidad onírica y con sucesos específicos guardados como tesoros en mi memoria. Leer a Poe fue leerme a mí. Me choqué con las líneas más impecables que he tenido la fortuna de apreciar y no podía

creer cómo un ser humano había sido capaz de llegar tan lejos. Desde esa vez y para siempre, me uní a él.

Sin pensarlo mucho, me hice su hija y con un extremo fervor casi obsesivo, noche tras noche me embriagaba con sus letras exquisitas.

Cuando tuve más edad, empecé a escribirle cartas, porque estaba segura de que las leería. Me sumergí tanto en sus textos, en sus cuentos para ser exacta, que empecé a soñar con alto grado de detalle lo que acontecía, siendo yo, la protagonista.

Nunca le pedí nada a él, ni a sus libros, sin embargo, me dio los finales más extraordinarios que alguien podría esperar y me atravesó con las más sórdidas tristezas. El horror hacía parte innegable de todo lo que lo componía y es que a cada letra la acompañaba un filo con el que era muy fácil cortarse. Deslizarse hacia el mundo de las tinieblas no era opcional. Yo caía una vez tras otra en cada uno de sus juegos, de sus insinuaciones oscuras y ya no hubo retorno.

Poe con su maestría para retratar el horror dispuso para mí todo un banquete del cual yo me alimentaba hasta saciarme. A pesar de su estridente paso por la vida, dejó claro, sin pretenderlo, que el mundo y ésta realidad, lo necesitaban. Que había nacido para atravesar los umbrales más altos de la miseria y que su condición de hombre no se interpondría entre su realidad y su imaginación. Él me enseñó que cualquier cosa que pueda imaginar, es existencia.

Recuerdo que de pequeña mi Papá me leía mucho el cuento “El gato negro”; hacía que lo repitiera muchas veces para que mi memoria pudiera guardar cada parte y así no olvidarlo jamás. Desde entonces lo tengo presente y recurro a él cuando ya se me agotan las salidas.

Escribiendo sobre Poe se me van las luces y tiendo a la emocionalidad, siento que es más importante dejar por escrito que un desconocido me salvó la vida, que ya siento que alguien me entiende y que por encima de todo, me enseñó a vivir con el Horror.

Él, con su vida desenfrenada y sus excelsas obras maestras, ha sido mi referente principal en mi trabajo artístico.

“Porque en la oscura naturaleza de mis sueños, tú existes. Porque me encuentro en medio de la memoria del acontecimiento que aún no ha de sucederme. Porque me deslizo en el horror de la herida abierta. Porque no hay ausencia ni olvido en este instante. Porque habitamos la misma realidad. Somos recuerdo y también historia”.

Laura Hurtado, Cartas a Poe

Capítulo II

Los sueños: El horror de la pesadilla consciente

“Fulgor de una lluvia antigua y triste que cae acariciante sobre el mundo.

Suspendida en la mitad de la luz y tatuada por la sombra, la imagen degollada de una mujer desnuda que sangra en mi memoria convoca mis asombros.

Atravieso los largos laberintos. Hay un olor plural, promiscuo: sándalo sagrado y fétidos huesos corroídos por el tiempo y por la muerte. Al concluir el viaje y al destruirse el sueño, mis íntimos delirios se enamoran y naufragan en la imagen degollada”. (Paz, 2009: 175).

Reflexionar sobre los sueños trae consigo el acto de escudriñar. Está claro que no siempre estamos preparados para viajar hacia nuestro interior y encontrarnos con qué sabe qué en el

camino. No obstante, se hace necesario revisarse y observarse desde todos los ángulos posibles para lograr acercarse a ese ser que soy yo mismo y que a la vez es otros tantos.

Se requiere una mirada afilada para poder estudiarse con lujo de detalles y comprenderse un poco mejor desde lo distinto y lo desconocido. Indagar se hace un ejercicio vital y es ahí donde entran los sueños para mostrarnos más de nosotros, eso que suele estar oculto en fondo del océano pero que de una u otra forma sale a relucir en la superficie.

Recuerdo que leí un par de veces en algunas revistas y foros de internet que cuando se duerme, se está inconsciente; que es como si se dejara de ser para darle paso a lo que se quisiera. Eso me dejó un poco decepcionada. Según lo que he podido analizar a lo largo de varios años, creo que la conciencia está despierta y no descansa; es decir, cuando sueñas estás viviendo desde otro plano y no quiere decir que no puedas tomar decisiones o ser consciente de lo que ahí te rodea. Es una conciencia que te otorga la propia memoria del sueño. Es por eso también, que, al levantarnos podemos recordar lo que sucedió, se siente tan *real* que parece que lo hubiéramos vivido en la *realidad* material. No hay que despojar a los sueños de su naturaleza, nos están mostrando siempre versiones diversas de nuestras vidas, lo que me lleva a pensar que en gran medida, estamos hechos de sueños. Éstos nos están abriendo constantemente paso a libres interpretaciones y como si lo anterior no fuera suficiente, en ocasiones llegan a irrumpir el plano de la tan acostumbrada realidad material.

Los sueños son puente entre realidades diversas, sin duda. Sin ellos y todo lo que traen consigo, tendríamos que conformarnos solo con lo que podemos ver con los ojos, tocar con las manos, oler con la nariz, saborear con las papilas gustativas y escuchar con los oídos. Todo así de forma física-palpable. Puede parecer suficiente, sin embargo, hay que prestarle atención a los diversos estados de la conciencia que no siempre están ligados a los sentidos y a una sola forma de percepción. Consideremos entonces, la sinestesia, por ejemplo, ese

mundo en ocasiones distópico que nos abre las ventanas, las puertas y el camino y que se encuentra también en el plano onírico.

Poder abrirme a infinitas posibilidades del yo, es lo que me impulsa a adentrarme en el mundo onírico cada noche sin falta. A desatar lo que está anudado en el interior y a hacer catarsis de todo eso que se encuentra reprimido en las esquinas abandonadas.

Del sueño, podemos obtener la memoria, eso que recordamos porque ya lo vivimos en algún momento, o por el contrario, recordamos porque lo ideamos y le otorgamos características específicas y detalladas. Aparece también lo que parece ficción o fantasía y que se mezcla con lo surreal para incorporarse en esos túneles utópicos distorsionados.

Dentro de todo lo que traen los sueños, lo que más me inquieta es ese material oscuro que se traduce en las pesadillas. Esa parte ligada al miedo y al desasosiego. Dentro de las muchas posibilidades que sé que habitan los sueños, me quedo sin duda con ésta forma de horror que se transfiere al cuerpo y genera malestar.

Me interesa escudriñar desde ahí, ya que mis experiencias y vivencias se han visto envueltas por pesadillas recurrentes que han llegado a causar estragos en mi cotidianidad. Me he encontrado en momentos del día a día en donde voy caminando y de repente me atacan pensamientos que parecen intrusos, me bombardean y me hacen recrear situaciones como si fuera una máquina. Esas situaciones han aparecido ya antes en mis sueños y soy plenamente consciente de haberlas experimentado, incluso puedo recordar los detalles. Es como si se mezclara el recuerdo de lo vivido en el campo onírico y mi cuerpo fuera solo un puente. No es un Déjà vu, puesto que mi recuerdo es de algo que realmente viví, no es una ilusión. Ahora bien, cuando tengo las pesadillas, llevo un registro en mi Diario de Sueños, así puedo corroborar que no me estoy mintiendo. Ese registro riguroso y detallado es la

sustentación de todo lo que sucede en ese más allá que de repente puede estar más acá. Cuando vivo una experiencia que siento que ya la viví en el mundo de los sueños pero la veo difusa, recurro al diario para corroborar que todo lo que está sucediendo es *real* y que mi mente no me está jugando malas pasadas.

He tenido pesadillas recurrentes que han durado 6 meses, como aquella que tuve a mis 20 años en donde vi un muro grande de ladrillos y en frente estaba mi yo de 4 años caminando hacia el horizonte mientras mi sombra se reflejaba en el muro pero convertida en un monstruo que se iba haciendo cada vez más grande, hasta que mi yo niña llegaba al final y caía al vacío junto con la sombra monstruosa. Yo sentía el vértigo de caer al vacío cada noche, así como el terror de ver mi sombra transformada en un algo que no se parecía a mí. Despertaba empapada en sudor, con lágrimas en los ojos y una sensación de oscuridad muy profunda en el pecho. No encontré muchas respuestas, fue más bien el ejercicio de especulación lo que me llevó a ciertas reflexiones y mientras pasaba el tiempo aprendí a convivir con todas esas sensaciones e imágenes que se me presentaban.

Haciendo el ejercicio de reconstrucción de memoria, me encuentro con una experiencia que marcó mi forma de observarme y de percibir todo lo que me rodea. Fue algo que me hizo dudar de la realidad que estaba pisando y me abrió un panorama desconocido pero en la misma medida, atractivo. Tenía 22 años. Iba caminando de mi casa hacia la universidad y de pronto un pensamiento recurrente me invadió. Algo me decía que debía cruzar rápido la calle y esconderme tras un bote de basura que había del otro lado porque en poco tiempo iba a empezar un tiroteo. No indagué más allá y decidí hacer caso. Crucé la calle lo más rápido que pude y fui a refugiarme tras el bote de basura metálico que se encontraba al otro lado. Al cabo de unos pocos minutos, empecé a notar que las personas que pasaban por el lugar se quedaban viéndome extraño y seguían su camino. Entonces, en un momento de lucidez, caí en cuenta de que estaba ahí escondida y que debía salir. Por un momento sentí

que esa escena era totalmente real y que de verdad iba a pasar todo cuanto estaba en mi mente. Después de todo eso, me levanté y caminé hacia llegar a la Facultad de Artes la cual era mi destino y me metí en un baño para poder pensar sobre todo lo que había acabado de ocurrir. Ahí recordé con detalle que cada una de las cosas que me habían sucedido, correspondían a una pesadilla que había tenido hacía dos semanas. Sentí miedo. No me alcanzaba la razón para explicar esa revolución de emociones y acciones por las que había pasado, ¿en qué realidad estaba? O más bien, ¿qué era lo real? Temí por no poder diferenciar mi realidad consciente material de mi realidad de los sueños. Fue como si el plano onírico hubiera decidido ir a visitarme en mi plano terrenal por un momento. Desde entonces, le presto mucha atención a mis pesadillas y aunque todavía siento terror y angustia, he aprendido a comprender un poco mejor lo que hay detrás. Sigo teniendo miedo porque siento a mis sueños en ocasiones como predicciones, pero, de cualquier forma, me atrae sentir que en algún punto podría controlar eso y si es así, el resultado me intriga.

Es así como he vivido estos años con el horror al lado, suscitando encuentros y dejándome llevar por el valle de las sombras. He tenido las revelaciones más fascinantes y como ya lo mencionaba anteriormente, he descubierto una realidad de la que me siento parte y la que considero, es la única con la que me identifico. No busco una aprobación desde mi persona ni mucho menos desde quienes lean esto, sin embargo, estoy segura que todo lo que soy, aun con eso que aún no he sido, está del lado de los sueños, está junto con las pesadillas.

Vagar por parajes inhóspitos, viéndome sola y muchas veces sumida en mi miseria, hizo que empezara a comunicarle a mis fantasmas todo lo que me sucedía, fue así como empezaron a aparecer versiones más desconocidas en los pasillos de mi casa, en la cama y detrás de las ventanas. Hablo de mis amigos imaginarios, quienes desde mis 4 años han tenido protagonismo y han sido parte vital de éste reconocimiento. Quienes aparecieron para ir dejando vestigios de memoria e historia viva.

Pocas veces suelo tocar éste tema, no es algo que comparto con frecuencia, dado las respuestas burlescas que he obtenido al comentarlo. No obstante, lo dejo aquí, ya que entiendo éste texto como forma de catarsis y como resumen de un diario íntimo.

Mis amigos imaginarios han ido creciendo conmigo, algunos nuevos han llegado para regalarme un poco de todo el mundo que los compone. Han acompañado mis horas atormentadas y me han enseñado a vivir desde lo desconocido. Se hacen presente también en mis sueños como una extensión de mí, como presencias con nombre, rostro y carácter definido, tal cual como los observo en la cotidianidad de mis días. Aparecen cuando estoy sola, como si supieran que la soledad me causa una enorme tristeza, me hablan y me cuentan sus secretos. Les hablo y les cuento también los míos. No podría definir toda su esencia, pues, son seres que no tienen límites, que están despiertos más allá de todo lo que conocemos, más allá de lo que yo misma podría pensar que conozco. Están hechos del material con el que se fabrica lo desconocido. Están hechos de otra realidad.



Fotografía, Serie Instinto

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168 cm x 224 cm

Año 2019

Capítulo III

La Fotografía como vínculo narrativo e histórico

“El espectador, sin quererlo, se ve forzado a buscar en la fotografía la pequeña chispa de azar, de aquí y ahora, con la que la realidad ha quemado, por así decirlo, su carácter de imagen; y le hace falta encontrar el lugar imperceptible donde, en la forma singular de ser de ese minuto pasado hace ya tiempo, se esconde aun el porvenir, y tan elocuentemente que, con una mirada retrospectiva, podemos reencontrarlo”. (Benjamin,1931: 26)

La fotografía ha jugado un papel muy importante a lo largo de la historia de la humanidad. Hemos visto cómo imágenes poderosas han marcado momentos específicos que se han vuelto trascendentales a lo largo del tiempo. Cada foto guarda en sí misma un recuerdo tangible para ayudar a la memoria a permanecer. Cada foto cuenta una historia que desea ser contada.

Hay quienes murieron por registrar todo lo que acontecía a su alrededor, quienes dejaron hasta la última gota de esperanza en el lente de una cámara y se internaron en el mundo de las imágenes y sus significados aunque les costara la vida.

Yo decidí adoptar la fotografía en mi trabajo, como el puente que puede atravesar lo onírico y la realidad material. Decidí dejarme seducir por sus infinitas posibilidades y cualidad única para dotar de eternidad los instantes. La narrativa que sostiene mi trabajo es, en cierto sentido, documental. Cada foto está contando algo mío tanto de forma individual, como colectiva. Hay una relación estrecha entre todo eso que sueño y lo que vivo mientras estoy pisando el suelo.

Si bien, a la hora de fotografiar una escena que ya ha sucedido en mi campo onírico y que tengo escrita en mi Diario de sueños, tiene unos antecedentes gráficos en mi memoria; al momento de ir hacia los lugares para hacer las fotos, es la imagen misma la que se va mostrando. Me refiero, la foto va saliendo en el acto mismo de fotografiar. No por ello gasto disparos al aire, sino que trato de condensar en dos o tres, todo lo que está contenido en mi mente; luego, es el lugar, los personajes y los objetos quienes contribuyen para que las imágenes salgan.

Aunque no es de mi interés encasillar mi trabajo artístico en algún movimiento, siento que el Surrealismo ha estado presente de diversas formas. Teniendo en cuenta que este movimiento intentaba superar la limitación del inconsciente, permitiendo que el subconsciente se expresara por medio del Arte, puedo decir que ha influenciado de manera directa en mi forma de percibir lo que hago. El Surrealismo ha permeado mis fotografías en cuanto a cómo están dispuestos los elementos que las componen, dotándolas de libertad expresiva. Ese hecho de no seguir unas reglas estrictas, ha permitido que pueda salirme de esta realidad en la que me encuentro escribiendo esto, para así, poder indagar un poco de lo que hay en mis sueños, específicamente en mis pesadillas constantes y poder después materializarlo de la forma más fidedigna posible sin ningún peso que me limite.

Así como el surrealismo y algunos Artistas que han pertenecido a ese movimiento, también hay otros que han marcado mi trabajo de múltiples y valiosas formas. Si bien, antes creía que no tenía ningún referente, hoy por hoy agradezco haber podido encontrarme con

Artistas y sus trabajos maravillosos que han sido abordados a partir de una temática similar a la mía. Sus obras me han conmovido y me han ayudado a ampliar mi pensamiento y conocimiento en cuanto a mi trabajo y todo lo que hay detrás.

Es así, como los Artistas que más han influenciado mi obra son Joel-Peter Witkin y Nicolas Bruno. Ellos me han regalado un pedazo de conciencia y de material para llevar mi proceso creativo. Con su temática, su estética y su técnica, aportaron para el desarrollo de mi trabajo. Han sido especialmente importantes ya que de ellos me nutrí de forma muy profunda. Hicieron de mi proceso, una búsqueda constante que hasta el día de hoy se sigue alimentando.

Los tomé como referencia a ellos, principalmente porque su obra está pensada desde el horror, la muerte, las pesadillas y demás aspectos oscuros por los que atraviesa el ser humano. Debo decir que tengo una fascinación especial por quienes se atreven a mostrarse desde las sombras que los acompañan y es por eso que me siento plenamente identificada con sus imágenes.

Joel-Peter Witkin Utiliza el blanco y negro en su obra de manera recurrente, ya que piensa, al igual que un buen amigo suyo, que son el blanco y negro los colores de la fotografía. En mis fotos se hace presente ya que cada pesadilla, hasta el momento, se me ha presentado sin color, así como se me presentan los recuerdos de momentos pasados. Al ver las fotografías de Witkin en blanco y negro siento que de alguna forma gritan lo que quieren decir y guardan su alma, en donde habitan las luces y las sombras. Pienso es eso lo que permite observar las imágenes desde su esencia más íntima. El granulado es un aspecto también recurrente en las imágenes que planteo, pues refiere a esas mínimas partes casi imperceptibles que se suelen pasar por alto. En mis pesadillas hay ciertos elementos como el aire, que recuerdo más como sensación que como imagen. Es por eso, que el granulado lo agrego para tener eso que no pude captar pero que igual percibí como sensación. En las fotografías de Witkin aparecen algunos efectos recurrentes que parecen texturizados y que

él mismo crea para cada fotografía aportándole valor y abriendo paso a lo que se encuentra en el fondo. Creo que hay algo ahí que acompaña a la imagen y revela fragmentos que hacen parte importante de la historia.

El gran formato que utilizo en el montaje sugiere lo sobrecogedor de mis pesadillas y de cómo entre ellas me siento en ocasiones minúscula. De alguna forma deja ver la suntuosidad de lo que es más grande que yo, todo un mundo enorme sucediendo en el inconsciente.

Dentro de éstos aspectos, cabe mencionar, el papel en el que son impresas las fotografías. Éste revela la levedad que está oculta en esa memoria del sueño. Esa fragilidad de lo que está dotado algo que podría desaparecer con el paso del tiempo.

Por su parte, los cuervos, los maniquíes, el bosque, los cuerpos desnudos, los cuchillos y las velas, son los protagonistas de mis fotografías. Son quienes guardan el alma de cada momento y conocen su lugar individual y colectivo.

Witkin de forma recurrente está mostrando la muerte en sus fotografías, lo cual me seduce en cuanto a que plantea de forma natural y bella, algo que ante muchos ojos puede parecer oscuro y macabro. Está ahí precisamente esa humanidad y fragilidad. Eso que no hemos sido pero que seremos. En las imágenes que planteo, siento que hay algo de eso que no hemos sido pero que puede ser una posibilidad. Ese mundo de las pesadillas, que podría interpretarse como algo tortuoso y angustiante sin embargo, una puerta de entrada al conocimiento y a la reflexión de sí mismo. Me interesa mostrar eso que se esconde muy dentro, eso que no solemos escudriñar ni mostrar pero que hace parte innegable de nosotros.

En cuanto a Nicolas Bruno, su obra está cargada de infinitos matices que van directamente hacia los sueños, especialmente a las pesadillas. Fue mi primer referente directo, ya que la temática que él recurre tiene una relación muy estrecha con lo que abordo en mi trabajo.

Entre los aspectos que más resalto y que han influido en mis fotografías, se encuentra el uso de los maniqués, ya que siento que él les da un valor significativo y les concede cualidades humanas que encuentro ahí presentes. Los pone como protagonistas de muchas de sus fotos y me hace pensar que son presencias que no tienen como un dialogo directo sino que solo existen y ese es su objetivo.

En mis fotos pasa lo mismo con éstos objetos a los que les otorgo características humanas pero que no tienen un género definido y se muestran porque su presencia misteriosa inunda la mayoría de mis pesadillas.

Por otra parte, cabe mencionar que toda la obra de Bruno es a color. Creo que eso le da un contexto más específico a lo que él toma de su mundo onírico. Parece que la mayoría de sus sueños estuvieran enmarcados en una época antigua ya que el vestuario que utilizan los personajes ahí presentes, tiene un estilo muy marcado hacia ese tiempo.

Algo muy característico de la obra de Bruno es que sus fotografías parecen surrealistas. Tienen elementos aleatorios pero que sin duda guardan un sentido profundo, sin embargo sí parecen escenas que no ocurrirían normalmente o que, al menos, es muy difícil que sucedan.

Las personas que se encuentran inmersas en sus fotos aparecen de formas en las que pareciera que se estuviera retratando más su aspecto psicológico que otra cosa. Suelen aparecer con los rostros cubiertos por mantas como si fueran fantasmas o con los ojos vendados como ciegos ante lo que los rodea. Es como si parte de su identidad no quisiera ser develada. En mis fotografías trato de usar éste recurso, sin embargo, recorro a la edición para mutilar partes del cuerpo de los seres que aparecen en ellas, con la misma finalidad de no querer poner en descubierto mucho de lo que son.

Los objetos que se muestran en las fotos de Bruno tienen que ver mucho con los elementos de la naturaleza. Es común ver que sus fotografías estén envueltas en entornos naturales como bosques, montañas o lagos y que incluya el elemento fuego de manera constante. Me siento muy relacionada con esto, ya que mis fotografías se desarrollan siempre en entornos naturales y el fuego ha hecho parte fundamental de su creación.

En mis fotografías se encuentran muchos elementos que son repetitivos, como el personaje del cuervo; esto sucede también en la obra de Bruno en donde se puede observar que aparecen elementos como las mantas blancas que están presentes en casi todas sus fotos.

Quiero anotar también que recorro a la fotografía como documento histórico, tanto de mi memoria, como de mi paso por la tierra. La uso como archivo, como información que queda cuando todo pasa. Sin lugar a dudas, siento que comparto eso con Witkin y Bruno, pues, sus obras fotográficas eternizan los instantes y trascienden el tiempo.



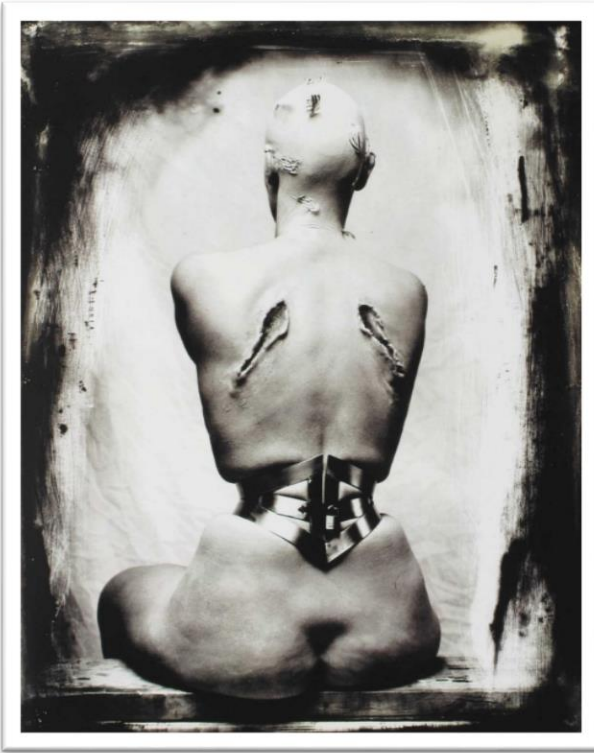
Referentes.

Un santo oscuro, 1987

Joel-Peter Witkin

*Fotografía, Impresión en
gelatina de plata*

15 x 15 pulg.



Woman Once a Bird, 1990

Joel-Peter Witkin

Fotografía, Impresión en gelatina de plata

31.9 x 25.9 cm.



Bambole, 2017

Nicolas Bruno

Fotografía

7, 22 x 22 pulg.



Sin Título, 2017

Nicolas Bruno

Fotografía

7, 22 x 22 pulg.

“Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñando.” (Borges, 1940: 29)



Fotografía, Fragmentos

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168 cm x 224 cm

Año 2019



Fotografía, Ritual Nocturno

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168 cm x 224 cm

Año 2019

Capítulo IV

Fragmentos: restos de memoria

“Estar encadenado a este desfile ilusorio de infinitos. Saberse extraviado para siempre en este laberinto de mundos interiores. Y ser al mismo tiempo la memoria que recuerda y el olvido que niega esa memoria”. (Paz, 2009: 175).

Parte importante de todo lo que se desarrolla detrás de mi trabajo fotográfico está en la re significación de las pesadillas. Busco entonces, entre el montón de recuerdos extraviados u ocultos, un hilo conductor que me lleve a concretar las escenas y los momentos exactos en que sucedieron. Es un trabajo arduo, pues, se manifiestan como partes de rompecabezas difíciles de unir y de encajar; aparecen imágenes borrosas y difusas que tengo que empezar a descifrar para entrelazarlas con las demás.

Voy recogiendo en el camino los cristales rotos para organizar lo que se vuelve parte de un todo. A pesar de que escribo lo que sueño, hay detalles que se me escapan y después de un tiempo aparecen como para recordarme su valor. Es así como la búsqueda se hace constante e intensiva. Se hace necesario un ritual en donde voy recolectando mis restos, en donde soy consciente de todo lo que he dejado y de todo lo que me ha dejado. De repente se van disponiendo los hilos para tejer esa conciencia que no me limita ni me castra, sino que me acompaña en el proceso. Dejo de lado por un momento la emoción y las pasiones para agarrarme de la razón y otorgarle un sentido más lógico a cada cosa que voy encontrando. Aunque la razón no sea mi amiga más cercana.

Me despojo de lo que soy y abro la puerta para ser a partir de mis muchos otros lados, sin tener certezas me sumerjo en las imposibilidades y lo que encuentro me sorprende.

La fotografía me lleva al desnudo, al cuerpo, a la sangre, a la materia, a la memoria del olvido, a los pensamientos intrusos, a la enfermedad, a las ideas, al dolor, al terror, a la angustia, a lo más bajo de mi condición humana. Cada foto me delata, habla de mí, de lo que soy, de lo que no soy, de lo que seré, de lo que abandoné en la búsqueda, de todo lo que no podría simplemente ejemplificar con palabras. Cada foto contiene años de búsqueda interior, desencuentros, amores intensos, levedades, momento eternizados en fragmentos de tiempo perdido, lo nunca dicho, mi fuego interior, mis miedos, dudas, mis reflexiones, mis otras yo, mi espíritu, mi horror de existir, todas las letras juntas.

Todo lo anterior dispone una narrativa que va ligada a mi historia desde el mundo onírico. Cuando las imágenes se materializan, una gran parte de mí, es expuesta al público; por tanto, quienes observan las fotografías hacen parte por un momento de esa realidad hasta ese entonces desconocida para los otros. Un espacio inevitable de alteridad y relación se genera. Dos miradas fijas se cruzan por primera vez creando lazos y sensaciones diversas. Lo que capta su atención les habla directamente y el espacio ya no es plano, no es una foto pegada en una pared. Es un encuentro mutuo.

Qué importante y valioso ese encuentro emergente entre dos universos habitando el mismo espacio y coexistiendo en el mismo fragmento de tiempo. Ese choque abrupto con lo desconocido. Esa comprensión de lo distinto y la tensión de observar lo que está en frente y que también me observa de vuelta. Cuánta inmortalidad la de esos instantes en los que una foto narra una historia y el otro la completa con su presencia, con su historia, con su verdad.

Los restos de la memoria cubren por completo cualquier pretensión y vanidad.

“Construimos nuestro legado pieza por pieza, y tal vez todo el mundo te recordará, o tal vez sólo un par de personas, pero, haces lo que puedes para

asegurarte de que todavía estás por ahí después de que te hayas ido”. (Lowery, D. 2017, A Ghost Story [Película], Sailor Bear).

El alma de los objetos

“A partir de ese momento empecé a amar todas las cosas, a respetarlas, a sentir que cada una tenía alma, todo se volvió importante, el papelito... el lápiz... la hojita... la basurita... recobró todo un significado y una importancia impresionante en mi universo porque en mi cotidianidad yo sigo sosteniendo que Una cosa es una cosa”. (M.T. Hincapié, entrevista para Revista Nómadas, 2006).

Desde que era una niña, he sentido que los objetos tienen alma. Que hay algo más allá de lo meramente estético que los acompaña. Me intriga el potencial que tiene cada cosa material existente en el universo para perdurar en el tiempo y toda la historia que se puede desarrollar a partir de ahí.

Desde hace un tiempo decidí firmemente otorgar cualidades humanas a los objetos que me rodean, siendo éstos, parte fundamental de mi cotidianidad, de mis búsquedas internas, de mis rituales, de mis formas de relacionarme con las personas y mi comportamiento en la sociedad. Son relevantes y valiosos ya que aportan una calidad simbólica y una carga emocional importante. Me ayudan, sin duda, a construir una identidad mutable que nunca es estática. Se vuelven familia, se genera un acercamiento afectivo, ocupan un espacio, pero también ocupan un momento; llegan a ser sagrados y trascienden lo superficial para internarse en la memoria. Ellos también mutan y su naturaleza puede alterarse para convertirse luego, en lo que quieren, teniendo una misión específica en el lugar y con la persona que se encuentren. Tienen una historia y cargan el peso de la humanidad en sus hombros. Nunca mueren, porque son eternos y estoy segura de que lo saben.

En el interior de mis fotografías suelen aparecer los maniqués; éstos me resultan de manera especial, interesantes. Tienen expresiones neutras y en ocasiones sus formas no corresponden a un género definido. Están siempre pálidos, parecen muertos. Son contruidos a escala humana, poseen la inercia y no tienen una mirada. Los he encontrado en los sitios más abandonados de la ciudad, rotos, con alma pero sin una sustancia que los mueva, sin espíritu.

Aparecen en mis fotos porque son quienes protagonizan las escenas oníricas; están siempre presentes, sus ojos huecos se clavan en el lente y ahí es donde comprendo de forma más profunda, que lo que observo, también me observa de vuelta. Me gustaría saber si creen que las fotos les roban el alma. Gracias a su generosidad he podido retratar con veracidad lo que ocurre en mis pesadillas, sin ellos no habría sido posible la materialización de esos instantes, ellos encarnan todo lo que está tras el velo pero que indiscutiblemente existe.

Cuando los encuentro, sé también que ellos me encuentran. Se mudan a vivir a mi hogar y empieza la búsqueda de una verdad más tangible y menos fantasiosa. Los encuentro bellos, de alguna u otra forma, humanos, sensibles a las cosas que hacen eco en los lugares.

La cámara los capta y luego, al igual que yo, son expuestos ante una mirada ignota. Surge ahí una relación que los involucra con la tierra, se salen del plano de la representación de los sueños para internarse en la superficie de la materia. Su historia se transforma en la medida en que se chocan con la historia de alguien más y es por ello que trascienden. Ya no son objetos inertes, son palabra y acción.

“Mi caída sin fin a mi caída sin fin en donde nadie me aguardó, pues al mirar quién me aguardaba no vi otra cosa que a mí misma.” (Pizarnik, 1968: 204)



Fotografía, Serie Adentro

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168 cm x 224 cm

Año 2019

La revelación de la imagen

“Delicia de perderse en la imagen presentida. Yo me levanté de mi cadáver, yo fui en busca de quien soy. Peregrina de mí, he ido hacia la que duerme en un país al viento.” (Pizarnik, 1968: 204)

La imagen y todo lo que trae consigo surge desde la pesadilla per se, acto seguido, se traslada a un escrito en donde empieza a hacer parte del mundo de lo real material y así, va tomando una forma tangible desde la fotografía. Es un proceso ritual en donde se va revelando una tras otra hasta conformar un todo cargado de historia.

En mi trabajo fotográfico el montaje se realiza por fragmentos individuales que, al encajar, conforman la imagen. Cada fragmento está compuesto de olvido y de memoria. Cada fragmento presenta una parte del panorama de cómo vivo las pesadillas. Éstas suelen aparecer cada noche como pedazos, partes de un collage que se va armando, como retratos surrealistas complejos de enmarcar o encasillar en una forma definida. Van mostrándose borrosos y aleatorios. Nunca son algo figurativo, hay que ir descubriendo poco a poco su naturaleza y sus múltiples perfiles.

Utilizo esa forma de montaje -que guarda algo de tedio- porque me permite acercarme lentamente a esa foto que me abarca y que me sobrecoge por completo. Significa poder ir hacia mí, observarme desde cada elemento que compone a la fotografía, sea de ella misma o de algo externo. Se delata ante mis ojos lo que estaba guardado en una cajita pequeña y una vez más, me sorprende. La imagen no se entrega entera, ella se entrega por partes, así

como los seres humanos. Somos la suma de muchas partes, nos conformamos de fragmentos y retazos. Somos la suma de todo con lo que nos hemos cruzado en las múltiples realidades.

De nuevo me transporto al sueño, en donde lo que está sucediendo cambia constantemente y está en movimiento continuo. Por tanto, al exponer la imagen hay una consecutividad entre una foto y otra, relacionadas por el lugar, el color, un animal, un objeto o una persona. Sin embargo, cada una conserva su individualidad y su esencia particular. Si bien, las imágenes abarcan una historia, no siguen una línea rigurosa consecuente. Esto ocurre dado que en la naturaleza de la realidad onírica las imágenes aparecen y desaparecen de forma aleatoria y muchas veces distorsionada.

El bosque como leitmotiv en mis pesadillas y en mi trabajo fotográfico suele ser el punto de encuentro entre las dos realidades en las que mi existencia converge. Es ahí donde el misticismo, el horror y lo poético confluyen en un ritual donde los elementos del bosque recrean los escenarios más cercanos a mis sueños.

La imagen se carga también de elementos de la realidad palpable que se presentan en el instante de capturar la fotografía. Son externos pero no ajenos. Dejan ver entre líneas la interacción entre éstas dos realidades.

Es así como la imagen proyectada en el plano físico sigue permaneciendo bajo la mirada fragmentada de quien interactúa con cada segmento individual como con su totalidad. No hablamos entonces de una imagen inerte, hablamos de un encuentro vivo.

Memorias

Las trampas del inconsciente, los juegos de la consciencia, la fatalidad de morir todos los días sin percatarse y la capacidad de reinventarlo todo, ser otro.

El terror, las pesadillas en el día, no saber a qué temer cuando estamos solos y en tinieblas.

¿Qué ves cuando no ves nada?

Después las pasiones oscuras, Edgar Allan Poe entre las arterias, pedazos de las películas de Hitchcock entre los dientes.

Nadie habla ya del horror de estar vivos.

La pesadilla consciente.

Unos cuantos pasos hacia afuera,

El cuerpo, la piel, los poros, los tejidos, los huesos,

la carne, las venas, las arterias, la sangre.

El cuerpo que se come, se digiere, se diluye, se lacera,

se desprende, se recrea, se somete, se deshace, se extingue.

Las posibilidades del cuerpo y su fragmentación constante,

Los horrores de la carne cuando queda viva y abierta,

la música que suena dentro de un cuerpo inerte.

El terror de ver la sangre correr y meterse entre los huecos.

La herida abierta y punzante, la mutilación del ser desde afuera,

la pasión con la que se come,

la ternura de acariciar con hambre,

el choque entre dos carnes.

Morder un cuerpo, darse al cuerpo, revestirse con la piel del otro.

El sabor, la estructura, los sentidos, los colores, las caras.

El cuerpo que se fusiona creando un nuevo cuerpo, el cuerpo del placer, el cuerpo del horror, lo salado y lo dulce, los jugos ácidos, la escasez y la cosecha.

El cuerpo que habla y se expande. El cuerpo que goza y se contrae.



La frontera entre tu cuerpo y el mío.

Laura Hurtado, 2020

Fotografía, Serie Instinto

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168 cm x 224 cm

Año 2019

El acontecimiento

Todas las noches pasaba por la misma calle pero esa vez fue diferente. 11:00pm. Silencio absoluto, focos fundidos, malas decisiones, un cigarrillo barato a punto de morir y el extravío de la conciencia rondando el desvarío.

No había nadie, ni la soledad se asomaba. No había ruido más que el de mis pasos cansados. Solo la miseria de un hombre perdido. Mil preguntas rondando la desesperación, una tras otra, una tras otra, una tras otra como puñaladas calientes entrando en el estómago vacío. Las cenizas del último cigarrillo muerto caían al suelo mientras la poca cordura esbozaba una media sonrisa que se volvía insoportable a cada paso.

¿Qué queda cuando ya no queda nada? El hastío de vivir y mil pesos en el bolsillo de un pantalón roto. Eso era algo, aun cuando parecía nada.

Caminé sin rumbo. No supe distinguir entre calles y carreras, todo lo que veía era espacio y tiempo corriendo a la velocidad de la luz, desesperación al borde de la locura y un sinsentido de versos abstractos. Iba hacia el abismo que solo causa el peso enorme de la duda y de pronto....

Una bolsa negra se atravesó en la mitad de la calle y llamó mi atención. Sentí que debía acercarme, nada interesante había pasado hasta ese momento y no podía perder la oportunidad de un suceso que me llevara a la reflexión. Sin pensarlo tanto la recogí, se sentía bastante pesada y caliente. Mi intriga se acrecentó así que no esperé y la abrí con un pequeño ritual de esperanza. De inmediato y como un acto divino, se me reveló una imagen. Partes frescas de un cuerpo mutilado adornado por pequeñas manchas de sangre reposaban en el fondo de la bolsa. ¡Qué fortuna! ya tenía la cena de toda una semana.

Laura Hurtado, 2020



Fotografía, Serie Instinto

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168 cm x 224 cm

Año 2019

Infancia

Salí a jugar con mis amigos una tarde de Agosto.

Corrimos hacia el río.

El agua nos cubría la mitad del cuerpo.

Nadamos hasta cansarnos.

Se hizo tarde.

Ellos regresaron a casa.

Yo no.

Él apareció.

Grité.

El agua me cubrió todo el cuerpo.

Él no paró.

Dejé de respirar.

Mis padres aún me buscan.

Ya no estoy.

Laura Hurtado 2020



Fotografía, Serie Infancia

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168cm x 224 cm

Año 2019

Adentro

Después de pensarlo por años, lo decidí.

Escribir no fue suficiente.

Hablar parecía inútil.

¿Qué camino tomar cuando no hay salida?

Yo quise hacerlo.

Siendo sincera, nunca viví realmente.

Caminé.

Sentí con intensidad cada paso.

Llegué al árbol en donde yacían las cenizas de mis padres.

Abracé sus recuerdos.

Se me escaparon dos lágrimas.

Amarré fuerte el nudo alrededor de mi cuello.

Salté.

Laura Hurtado 2020



Fotografía, Serie Adentro

Autor: Laura Hurtado

Dimensiones: 168 cm x 224 cm

Año 2019

Instinto

La comida es escasa.

No sé cuánto tiempo pueda aguantar.

Han pasado días enteros sin probar bocado.

Empiezo a dudar de mi fortaleza.

Empiezo a dudar de mi cordura.

Empiezo a dudar de mi humanidad.

Camino con el poco aliento que me queda.

Intento silenciar las voces.

Me tumbo en la hierba húmeda.

Sale el sol pero parece de noche.

El cansancio me nubla la razón.

Empiezo a dudar de mi existencia.

Ya no me reconozco.

Lo observo de lejos mientras pienso: ¿Quién morirá primero?

Laura Hurtado 2020



Fotografía

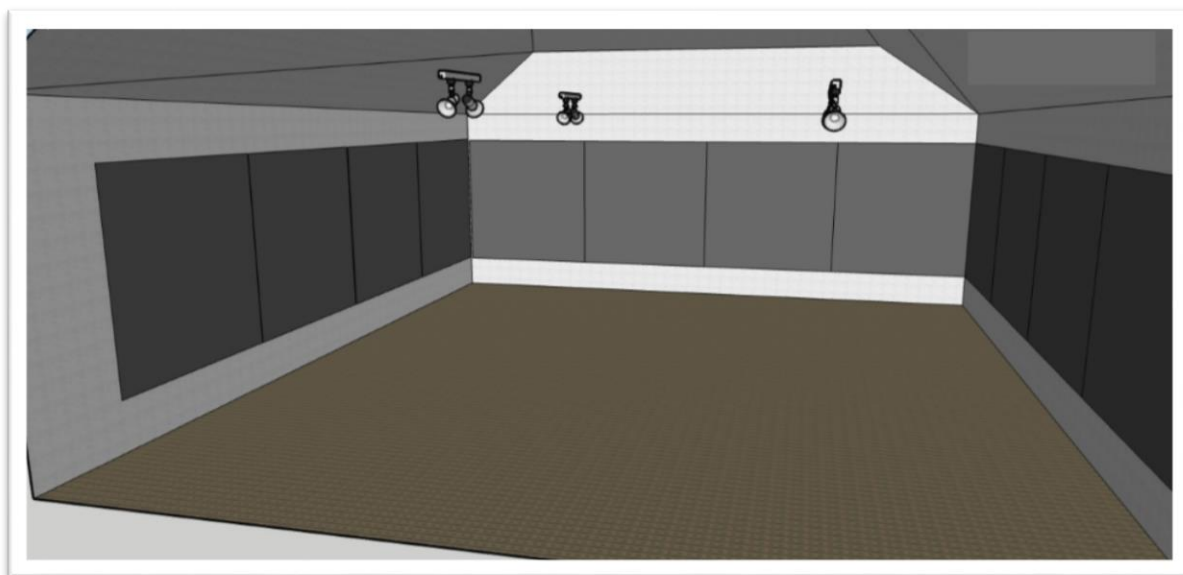
Autor: Laura Hurtado

Año 2019

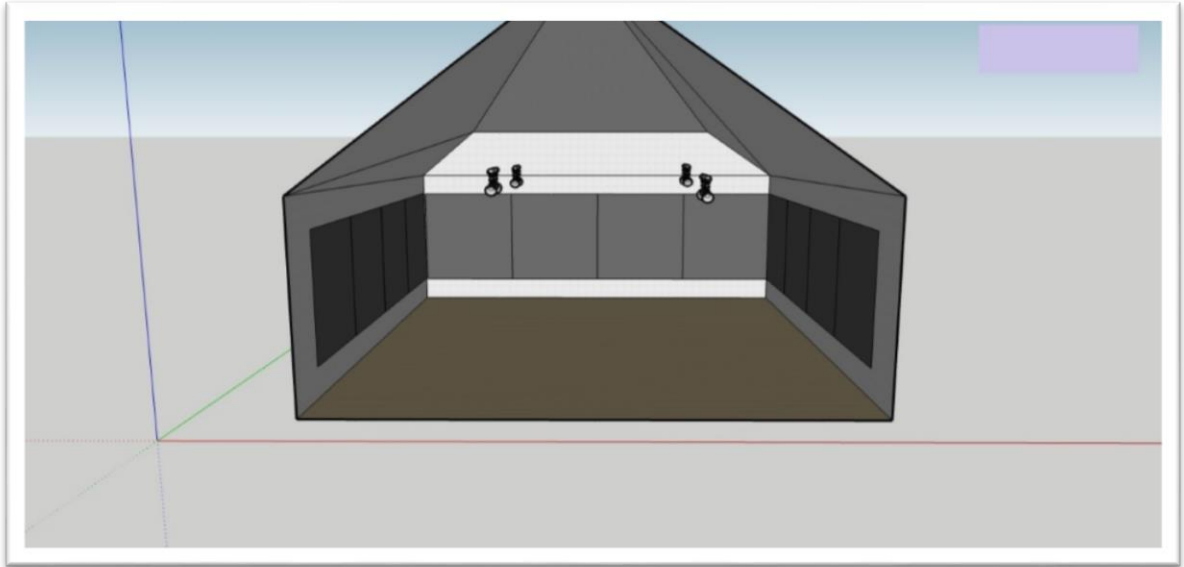
Anexos

Mapa de montaje

El montaje de la obra se distribuye en 3 habitaciones, donde se emplean técnicas como la Fotografía, el Vídeo y la Instalación. La primera habitación consta de 10 a 12 fotografías montadas en la pared y distribuidas en filas continuas por todo el recinto. Cada foto se conforma de 64 fragmentos compuestos por 8 filas y 8 columnas, dando una dimensión de 168cm x 224 cm. El papel utilizado es Earth Pact de gramaje grueso. La iluminación se hará de forma cenital.

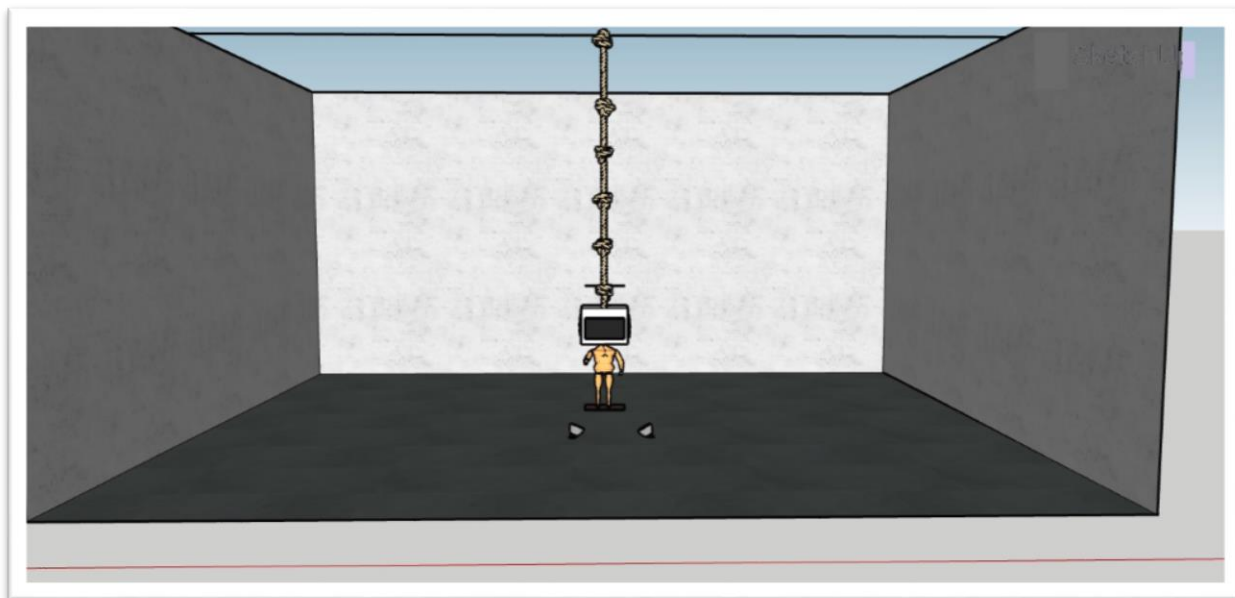


Habitación 1

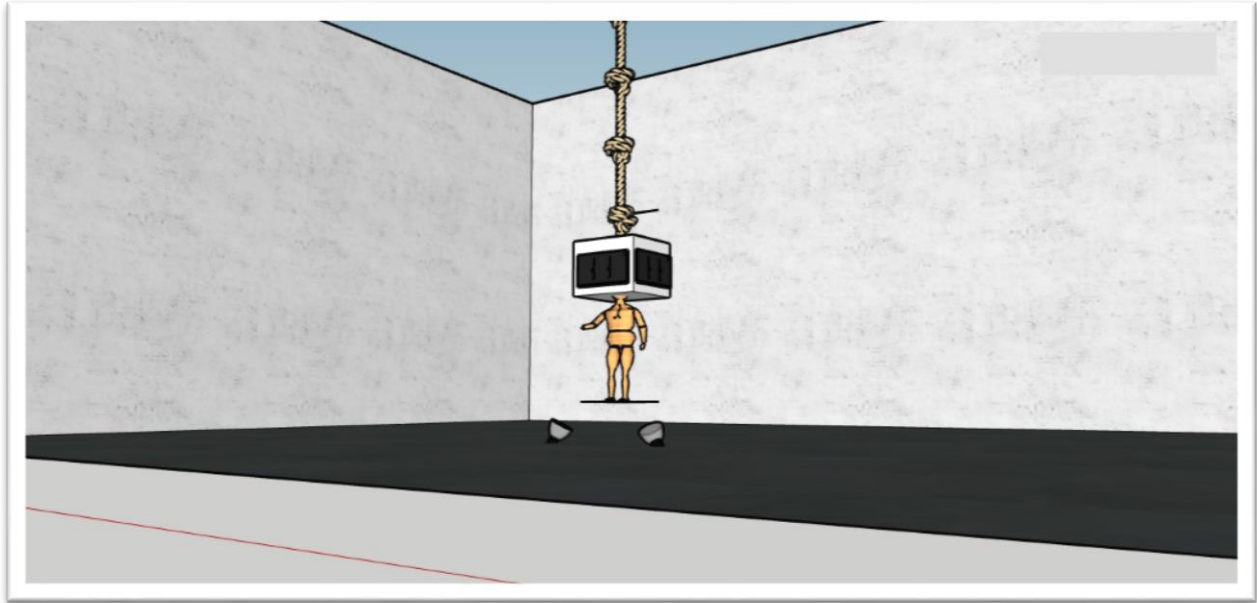


Habitación 1

En la segunda habitación se podrá encontrar la instalación de un maniquí suspendido del techo por una soga en el centro de todo el espacio. Su cabeza estará cubierta por una caja de madera, cada cara tendrá incrustada una pantalla en donde se reproducirán videos. Se iluminará de forma nadir.



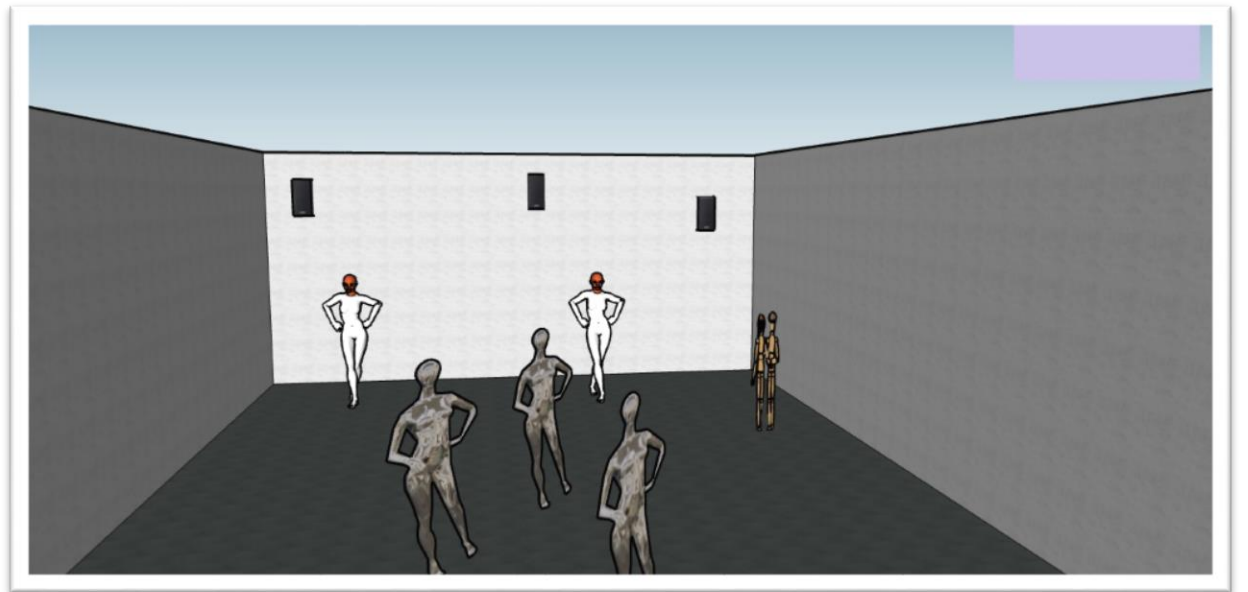
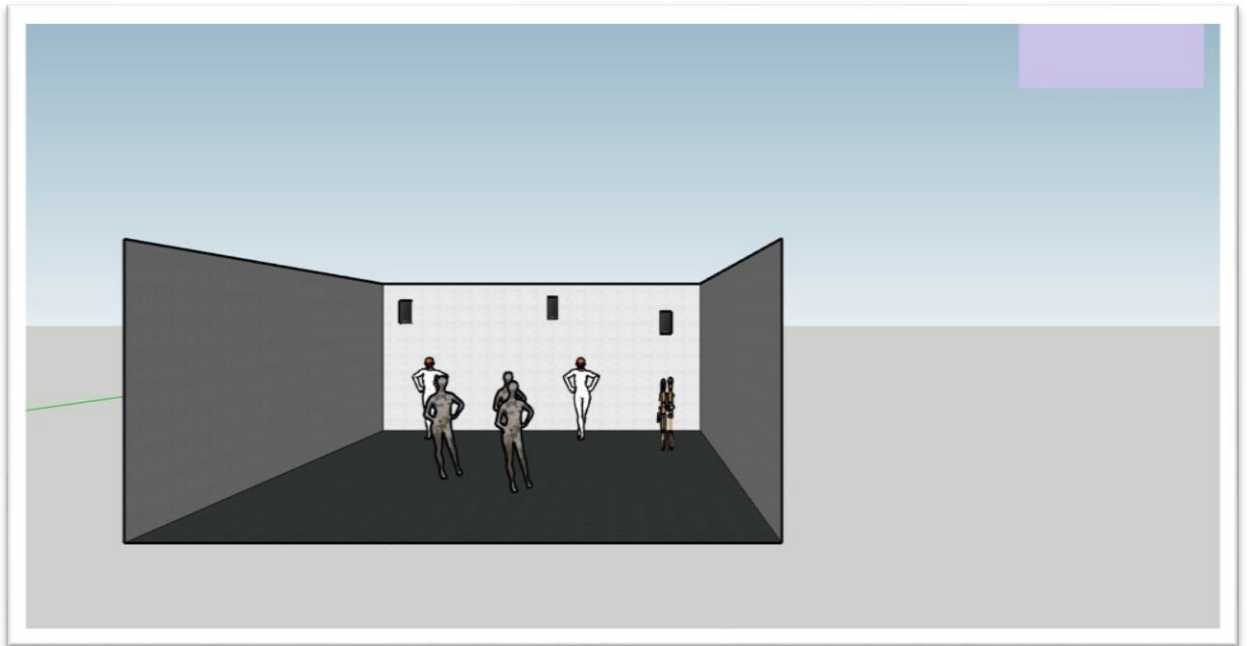
Habitación 2



Habitación 2

La tercera habitación contiene una instalación de maniqués intervenidos, dispuestos por todo el espacio. Sumado a eso, se hará una ambientación sonora envolvente donde se narrarán diferentes relatos de los cuales los maniqués serán los protagonistas. La iluminación será directa y lateral.

Habitación 3



Habitación 3

Estudios

Estudio para composición 1



Estudio para composición 2



Estudio para composición 3



Foto 1



Foto 2



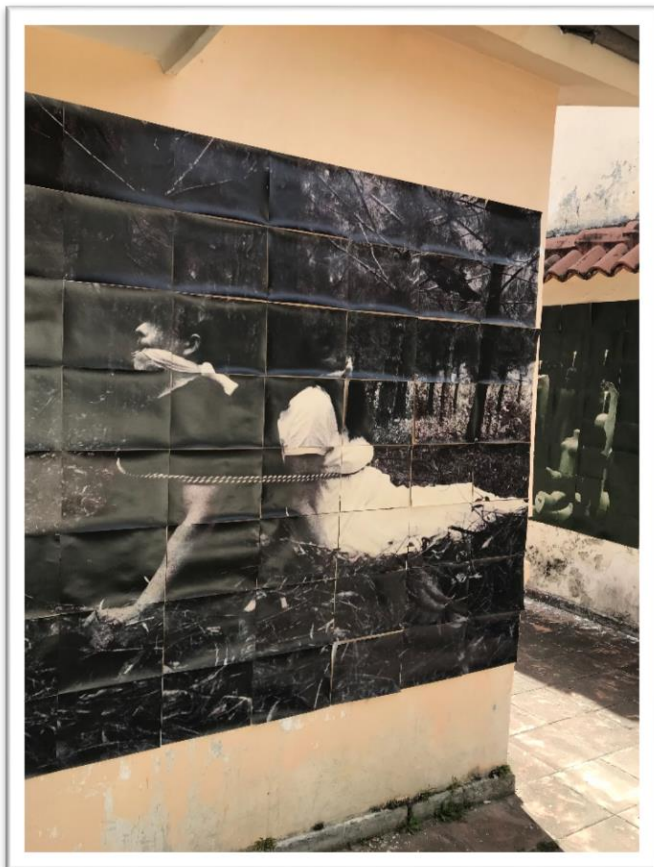
Foto 3

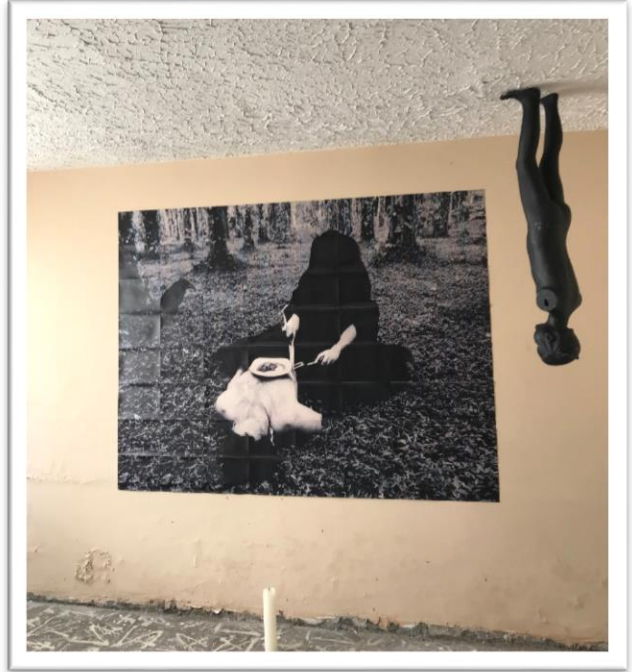


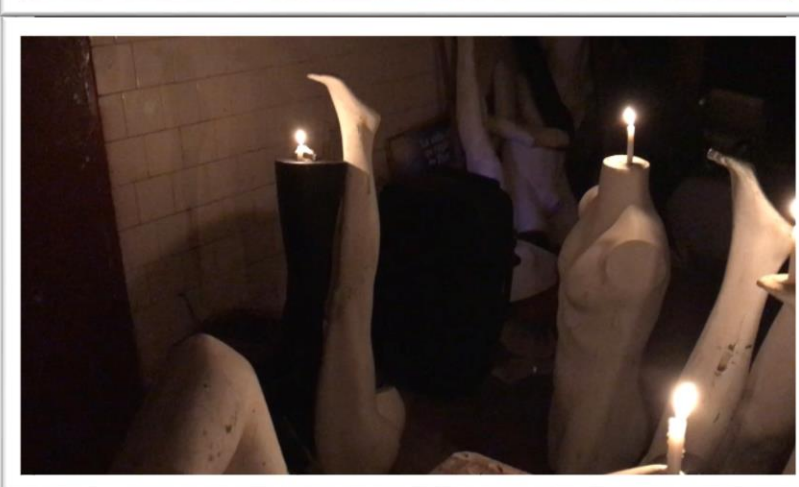
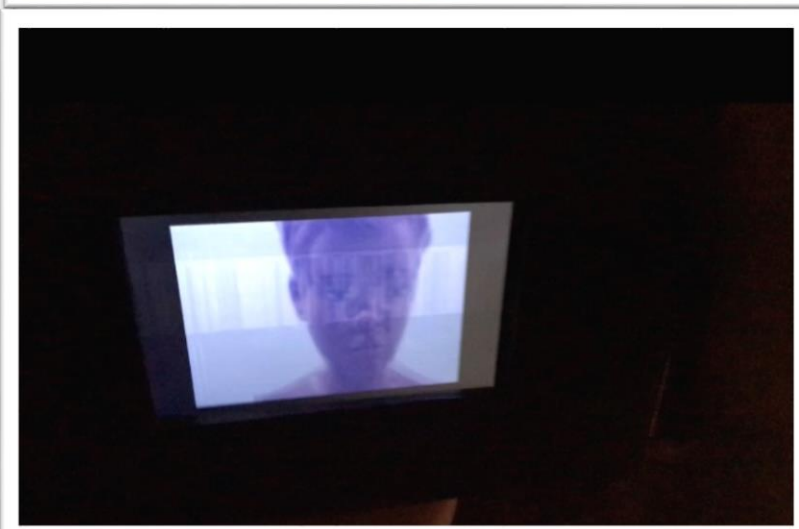
Foto 4

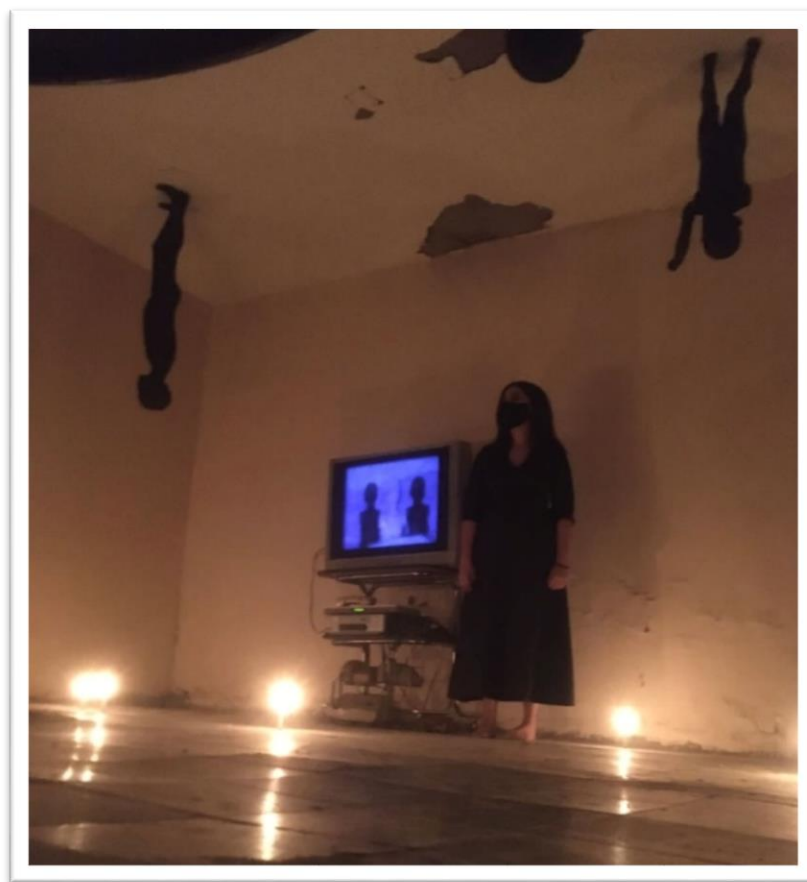
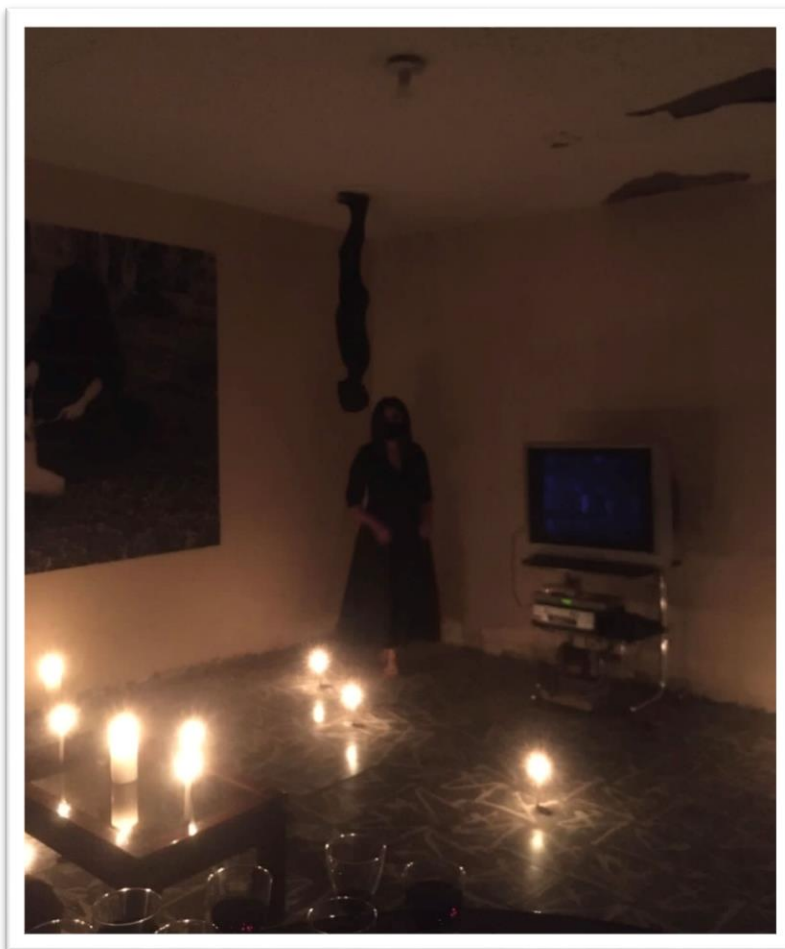
Registro Fotográfico / Sustentación











Bibliografía

BENJAMIN, WALTER. (2013). *Sobre la Fotografía*. Pre-Textos.

BORGES, J.L. (1944). *Ficciones*.

<https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbnxiaWJs aWJyb3NwZGZ8Z3g6MWU1OWFiN2EwYWwMwNjRiNA>

LOVECRAFT, H.P. (1999). *El horror sobrenatural en la literatura*. El Aleph

LOWERY, DAVID. (director). (2017). *A Ghost History* (cinta cinematográfica).: Sailor Bear Productions.

OCAMPO-RAMÍREZ, G. I. (2018). *Duane Michals y René Magritte: relaciones entre surrealismo y fotografía*. Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad, 10(19); 11-25.

PAZ, VICTOR. (2009). *Textos de la Sombra*. Editorial Rocca.

PIZARNIK, ALEJANDRA. (2017). *Poesía Completa (1955-1972)*.

https://libroschorcha.files.wordpress.com/2017/11/poesia_completa.pdf

POE, E.A. (2016). *Cuentos Completos*. Penguin Classics

PULLA, JORGE. (2016) *Filosofía y fotografía del surrealismo. La teoría surrealista y la génesis de la fotografía documental* (Tesis doctoral). Universidad de Alicante, España.

RAMIREZ, CONSTANZA. (2006). *La performance de María Teresa Hincapié*. Nómadas. N°24, p.168- 183